

Un retrato de Jesús para seguirlo: JESÚS NIÑO

NACE EN LA POBREZA

José y María vivían en Nazaret y sin embargo, Jesús nació en Belén al igual que David su antecesor, a quien el Señor le prometió, por medio del profeta Natán, que le construiría una casa real y que uno de sus descendientes heredaría su reino y lo haría durar para siempre (2Sam 7, 12-16). ¿Cómo fue posible? Porque Dios tiene sus caminos, que no siempre son los nuestros, ni aquellos con los que soñamos.

Los romanos habían dominado el pueblo de Israel, y lo habían sometido a la esclavitud. El emperador César Augusto quiso organizar los impuestos y aumentar las riquezas del imperio, a costa de las naciones que tenía sometidas, y para eso mandó levantar un censo. Ya entonces, como desde siempre, se enriquecían los más poderosos a costa de hacer sufrir a los débiles la pobreza cada vez más extrema. Y como José era de la casa de David, legalmente debía ir con su familia a empadronarse en Belén, la tierra donde su clan se había originado. Pero se ve que no le quedaban ahí parientes cercanos, porque trató de conseguir lugar en un hostel, sólo que «no había lugar para ellos» (Lc 2,7). Sin duda que, si hubiese tenido dinero, no se le hubieran cerrado las puertas. Pero siendo pobre, no tuvo más remedio que buscar cualquier lugar que

podiera encontrar de emergencia, pues María estaba a punto de dar a luz a su Hijo. Por eso, también según los caminos del Señor, Jesús nació en un establo para animales (según la tradición era una cueva), y sólo halló un pesebre donde comían las bestias para recostar al niño.

La costumbre iniciada por san Francisco de Asís, de construir naci- mientos para celebrar la navidad, es una cosa muy linda; pero corre el riesgo de hacernos soñar en una idealización poética y artística de aquel momento tan difícil y humillante. Una ilusión semejante nos haría escaparnos de la realidad tan dura a la que el Señor eligió someterse por nosotros. No nació ni siquiera en la choza más modesta, como los seres humanos más pobres, sino en un sitio para animales.

Los primeros a quienes se anunció el nacimiento de Jesús, y que corrieron a toda prisa, «y hallaron a María y José con el recién nacido acostado en el pesebre» (Lc 2,16), fueron unos pastores que dormían al aire libre y velaban por turno para vigilar el rebaño (Lc 2,8). También corremos el peligro de pensar en los pastores como en una realidad poética. Así los vemos en nuestros naci-

mientos. La verdad fue muy diferente. En tiempos de Jesús, los pastores eran gente de lo más sencillo, humilde e ignorante, y pertenecían al más bajo nivel social y religioso. No eran de ordinario propietarios del ganado, sino pobres asalariados mal pagados que cumplían un trabajo muy pesado, como seminómadas, viviendo sin techo y vagando de aquí para allá con los rebaños, en busca de pastura en aquellos parajes desérticos. El pastoreo era considerado, en esa época, un oficio propio de la clase baja y de personas sin salvación por su falta de instrucción y de práctica religiosa.

Ésta gente sencilla y humilde, fueron los privilegiados elegidos para ser los primeros en recibir el mensaje sobre el nacimiento del Mesías prometido para liberar a su pueblo.

Pero ellos no se escudaron en su ignorancia y en su pequeñez humana para callarse lo que habían conocido y gozar para sí mismos de ese regalo. Por el contrario, «contaron lo que los ángeles les habían dicho de este niño, y todos quedaron maravillados de lo que decían los pastores» (Lc 2, 17-18). Su

fe sencilla les enseñó que ese mensaje no era un privilegio individual para que como egoístas se lo disfrutaran ellos mismos; sino una vocación, un llamado del Señor para que hicieran participar también a otros de lo que ellos habían recibido.

El Hijo de Dios escogió para redimirnos nacer de una mujer pobre, fue aceptado como hijo desde el punto de vista legal y religioso por José, un trabajador pobre. Él mismo quiso nacer pobre, y anunció el primer mensaje, de la salvación a pastores pobres.

¿No nos llama la atención que en tantas ocasiones del Evangelio se repita la pobreza? Ya desde los primeros tiempos en que comenzó la Iglesia, los cristianos y paganos se preguntaban el por qué, y algunos hasta se escandalizaban.

San Pablo escribió a una de las primeras comunidades evangelizadas, en la ciudad griega de Corinto: «Ya conocen la generosidad de Cristo Jesús, nuestro Señor, que siendo rico, se hizo pobre por ustedes para que su pobreza los hiciera ricos» (2 Cor 8,9). No

es que Jesús haya venido para resolver los problemas de los que no tenían nada económicamente. Sino para, con su elección de la pobreza, enseñarnos dónde está la verdadera riqueza. El mis-



mo Apóstol les dijo en una carta a uno de los más antiguos grupos cristianos que se formaron en Filipos, otra ciudad de Grecia: «Tengan unos con otros las mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Flp 2,5). Y en seguida les explica en qué sentido el Hijo de Dios era rico: porque era igual a Dios nuestro Padre y Creador, y por esto también el dueño y Señor de todas las cosas. Y, sin embargo, «se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Flp 2,8).

También la carta a los Hebreos nos explica que el Hijo de Dios quiso hacerse igual a nosotros en todo (menos en el pecado), sufrir hasta lo más hondo todo lo que nosotros sufrimos, por dos motivos: para compadecerse de nosotros, ayudarnos y perdonar (Heb 2,18; 4,15), y porque así «es capaz de comprender a los ignorantes y extraviados, pues también lleva el peso de su propia debilidad» (Heb 5,2).

Esto mismo explicó Teodoro de Ancira, uno de los antiguos pensadores cristianos de hace 15 siglos (fue obispo de una diócesis muy sencilla), en un sermón que predicó ante los obispos que se habían reunido en el Concilio Ecuménico de Efeso, en el año 431: si el Hijo de Dios se hubiera hecho hombre como un señor rico y poderoso, nos habría resultado muy difícil acercarnos a él con confianza, y creer que por puro amor se había rebajado desde su gloria del cielo para hacerse uno, como nosotros.

Cuando una persona que se muestra muy rica y poderosa, no nos atrevemos a tratarla, o

si nos vemos forzados a hacerlo, nos dirigimos a ella con temor y con cierta distancia. No pasa lo mismo con otra que se nos acerca como pobre y sencilla.

La carta a los Hebreos nos dice: «Por lo tanto, acerquémonos con plena confianza al Dios de bondad, a fin de alcanzar misericordia y hallar la gracia del auxilio oportuno» (Heb 4,16).

Pero también hay otro motivo muy profundo. Un escritor pagano llamado Celso, a fines del siglo II, atacó muy duramente el cristianismo queriendo destruirlo. Para ello lo acusó de ser una religión indigna de hombres libres, y más bien propia de esclavos soñadores e ignorantes. Y es que muchísimos de los primeros cristianos eran esclavos convertidos, o personas de muy bajo nivel social porque provenían de las colonias del imperio, y pocos eran ciudadanos romanos. Celso piensa, pues, que si a esos esclavos les ilusionaba ser liberados de su servidumbre por su religión, tendrían que haber inventado un liberador que hubiera nacido de un noble rico y poderoso, para que pudiera defenderlos con su dinero y su ejército. En cambio sus sueños los habían engañado, inventando como salvador a un hombre pobre nacido de una mujer aldeana y despreciable.

Pocos años después, el gran escritor cristiano, Orígenes, le respondió que naturalmente ése era el modo de sentir propio de un pagano.

Pero si el Hijo de Dios, para redimirnos, hubiera tenido que nacer rico y poderoso, entonces lo único que habría probado es que las riquezas y el poder son los valores que liberan al hombre. En cambio, la realidad es todo lo contrario: el poder y el dinero esclavizan a los seres humanos. Por eso, el misterio de la pobreza de Jesús, nacido de una madre pobre, muestra que los seres humanos encontramos la salvación sólo en Dios, y no en los poderes o en las riquezas.

Así también piensa Teodoro de Ancira, que escribió el siguiente párrafo que vale la pena meditarlo con cuidado: «Nació en una tierra oscura, escogiendo para su origen un campo sin apariencia. Fue concebido por una Virgen pobre, y asumió todo lo pobre para cazar al hombre para la salvación, sin estrépito. Porque si hubiese sido concebido en esplendor, y se hubiese acercado rodeado de grandes riquezas, los incrédulos dirían que el derroche de su riqueza habría realizado el cambio del mundo. Si hubiese elegido la grande ciudad de Roma (la capital del imperio), ellos habrían atribuido el cambio del mundo al poder de sus ciudadanos. Si se hubiese hecho un rey, habrían asignado el auxilio a su poder. Si se hubiese hecho hijo de un legislador habrían atribuido el auxilio a sus decretos. ¿Pero qué hace? Elige todo lo pobre. y humilde, todo lo pequeño y sin apariencia ante la multitud, para que se reconociese que sólo Dios ha salvado al mundo. Por eso

escoge una madre pobre, una patria aún más pobre, se hace Él mismo indigente de bienes materiales».

LA VISITA DE LOS MAGOS

Reflexionemos en seguida un poco sobre la adoración de los Magos (Mt 2, 1-12).

En primer lugar debemos corregir algunas ideas populares no tan correctas. Se habla mucho de los tres reyes magos y hasta con nombres: Melchor, Gaspar y Baltazar. Algunos de estos datos, aunque se hayan hecho populares, tienen su origen en antiguas leyendas y no se hallan en el Evangelio. Porque Mateo ni dice que eran tres, ni escribe sus nombres.

En realidad no sabemos cuantos eran y a decir verdad tampoco nos interesa su número. Se acostumbra hablar de tres, porque ofrecieron al niño como regalos, oro, incienso y mirra (Mt 2, 11). Pero el Evangelio habla de tres dones, no de tres personas, que pudieron ser tres o más.

¿Quiénes eran los Magos? Esta palabra no quería decir en aquel tiempo lo mismo que hoy significa en castellano. Los Magos eran hombres sabios de su tiempo algunas veces también jefes de su tribu. Y en su época, en el oriente, estaban muy desarrolladas la astronomía y la astrología. Estos conocimientos eran muy importantes para ellos porque las tribus nómadas acostumbraban guiarse en sus caminatas por la posición de las estrellas



(pues aún no existían ni brújulas, ni mapas). Es también el motivo por el que ejercitaban la astrología, para guiar sus vidas por los movimientos de los astros. Eran paganos y creían en varios dioses.



Por eso, al aparecer en el cielo una estrella brillante o una conjunción de astros, ellos lo tomaron como señal de una intervención divina en el mundo, y fueron a buscar al recién nacido rey de los judíos. Recordemos, por ejemplo, cómo en tiempos muy anteriores, Balac, el rey de Moab, había querido destruir a los israelitas, y para eso había enviado a un adivino llamado Balaam, para que fuera a maldecir al pueblo de Dios. Pero Balaam no pudo hacerlo, sino que lo bendijo, y una de las razones por las cuales explicó su conducta, fue la siguiente: «Algo veo, pero no es para hoy; a alguien diviso, pero no de cerca; de Jacob se alza una estrella, un bastón de mando surge de Israel» (Núm 24, 17). Y para muchos pueblos paganos (como eran ellos), la estrella era ante todo el símbolo de un dios, y luego también de un rey divinizado.

Por eso Dios, en su providencia, usó de esos medios simbólicos de los pueblos paganos, para llamar también a éstos a conocer a su Hijo hecho carne, Jesucristo. Por eso la fiesta con la cual la Iglesia celebra este acontecimiento el 6 de enero, se llama la Epifanía, usando una palabra griega que significa la manifestación de Jesús a los pueblos no hebreos. De este modo los dos evangelistas

que narran lo que sucedió alrededor del nacimiento de Jesús, nos hacen caer en la cuenta de que, en el plan divino, la salvación ofrecida por medio de Jesucristo a todos los seres humanos, se anunció, desde el primer momento, tanto a los judíos que creían en el único Dios Yahvé, como también a los pueblos paganos. Esta es la semilla de lo que después Jesús predicó al ofrecer el Evangelio a todos los seres humanos de la tierra. Esta doctrina llegó a su cumbre cuando después de su resurrección, en el momento de volver de nuevo al Padre, el Señor Jesús envió a sus discípulos a predicar su doctrina no sólo a la gente de su pueblo, sino también a todas las naciones (ver Mt 28,19; Mc 16,15). Esta es una misión que todavía nos toca a todos los cristianos, y a la que todos hemos sido llamados desde el bautismo.

SU NIÑEZ Y JUVENTUD

A los ocho días de haber nacido, sus padres hicieron circuncidar al niño, como estaba mandado desde Moisés: ésta era la señal de que el niño pertenecía a la descendencia de Abraham y formaba parte del pueblo con el cual Yahvé había hecho su Alianza, y que por lo mismo se convertía en heredero de las promesas que Dios había hecho a Abraham y a su descendencia (Gén 17, 9-13). A veces se representa la circuncisión, en algunas obras de arte, como si la hubiese hecho un sacerdote en el templo. Una

pintura semejante no tiene fundamento. De ordinario una persona experta circuncidaba al niño en su casa, y en esa ocasión, en la cual se simbolizaba que el pequeño se incorporaba al pueblo de Israel, se acostumbraba ponerle su nombre. Lo mismo sucedió en este caso: se le llamó Jeshouah (un nombre muy común en su época, que en castellano pronunciamos Jesús), que significa; «Yahvé salva» (Lc 2, 21; Mt 1, 21).

A los cuarenta días de haber nacido un niño varón, la madre debía ofrecer un sacrificio para purificarse (Lev 12, 3). Y es que, según el modo de pensar de las tribus semitas (a las que pertenecía los hebreos), la vida estaba en la sangre; por eso, cuando se derramaba un poco de ésta, o alguien la tocaba, en señal de respeto la persona debía significarlo mediante un rito de purificación, que consistía en inmolar a Dios un animalito en sacrificio.

La Ley también mandaba que se ofreciera al Señor a todo hijo primogénito varón, en memoria de cuando Yahvé había liberado a los israelitas esclavizados en Egipto. En aquel entonces (unos 1,230 años antes del nacimiento de Jesús), las tribus de Israel habían sido sometidas por la tiranía del faraón a una dura servidumbre (ver Ex 1-2). Entonces Yahvé, compadecido de su pueblo, había llamado con una vocación especial a Moisés, para que lo liberara (ver Ex 3). Pero como el faraón endureció una y otra vez su corazón, a pesar de todas las duras advertencias que Dios le dio, por último éste le envió una plaga

que finalmente lo obligó a dejar libres a los esclavos: la muerte de todos los primogénitos de Egipto, incluyendo el suyo (ver Ex 11,4-8). Corno memorial de aquel suceso que marcó el comienzo de la formación de Israel como la nación escogida por Yahvé para hacer su Alianza, quedó mandado en la Ley de Moisés que se consagrarán a Dios todos los primogénitos de los hebreos (ver Ex 13, 11-16). Esta consagración era un verdadero ofrecimiento en sacrificio del hijo, que sus padres debían hacer a Dios. Pero como éste había prohibido absolutamente los sacrificios humanos (propios de algunos pueblos paganos), debía representarse esa oblación del niño, mediante el ofrecimiento sacrificial de un animalito.

José y María juntaron las dos ceremonias mandadas por la Ley de Moisés que estaba en vigor en su época: presentaron al niño en el Templo, para ofrecerlo a Dios en sacrificio, y lo presentaron, así como también la purificación de María por el parto de su Hijo, sacrificando un par de pichoncitos. Y es que las personas ricas acostumbraban dar como oblación algunos animales más costosos, como dos becerritos, corderos o cabritos. Pero las personas pobres (como eran José y María), podían llevar dos tortolitas o pichones (ver Lc 2, 22-24; Lev 12, 8). Hasta en esto quiso el Hijo de Dios mostrar la pobreza



que había escogido para salvarnos.

Muy poco nos narran los Evangelios sobre la infancia de Jesús. Después de que los magos se fueron, Herodes trató de matar al niño y, para protegerlo, sus padres huyeron con Él a Egipto. Luego, habiendo muerto el perseguidor, regresaron con el pequeño (no sabemos qué edad tendría), y se establecieron en Nazaret, donde Jesús creció. Por eso se le llama el Nazareno.

Como acostumbraban los israelitas piadosos, «todos los años iban sus padres a Jerusalén, a la fiesta de la pascua» (Lc 2, 42) y, como era de esperarse, llevaban al Hijo con ellos. Así fue aprendiendo Él, poco a poco, a cumplir la Ley de su pueblo. Cuando tenía 12 años, subió con José y María; pero al terminar las fiestas se quedó en el Templo mientras ellos se regresaban a su tierra. Creyendo que el niño iría con los parientes, ellos se despreocuparon, pero después de un día, al no hallarlo entre los conocidos, angustiados se tuvieron que regresar a Jerusalén para buscarlo. Sólo tras una preocupación de tres días lograron encontrarlo en el Templo, sentado entre otras personas, escuchando a los maestros que explicaban la Palabra de Dios al pueblo. Él estaba encantado, oyéndolos y aprendiendo la Ley de Moisés, que era la ciencia en la que los israelitas de su tiempo se educaban. Y cuenta el Evangelio que todos admiraban la inteligencia que mostraba en sus preguntas y

respuestas. Él era, pues, un niño que debía aprender como nosotros. Incluso añade Lucas que «crecía en sabiduría, en edad, y en gracia tanto para Dios como para los hombres» (Lc 2, 52). Pero no era un chico cualquiera. Daba señales de una inteligencia muy desarrollada para su edad. E incluso comenzó a despuntar esa revelación interior que Dios le hacía para que pudiera cumplir la misión para la cual había sido enviado: la de anunciarnos que Dios es su Padre y nuestro Padre. En efecto, cuando María lo reprendió diciéndole: «Hijo,

¿por qué te has portado así? Tu padre y yo te buscábamos muy preocupados», Él les contestó: «Y por qué me buscaban? ¿No saben que debo estar en las cosas de mi Padre?» (Lc 2, 48-51).

En todas estas narraciones salta a los ojos claramente cuán respetuoso era Jesús, desde pequeño, de la Ley de Dios como la aprendió de José y de María. Se sometió completamente y obedeció a la Ley que su Padre había revelado a su pueblo por medio de Moisés. Abundan en todo el Evangelio los casos semejantes. Por ejemplo, asistía los sábados a la lectura y explicación de la Palabra de Dios, y en ocasiones Él mismo la hacía; con su pueblo y con sus discípulos subía a Jerusalén para las fiestas mandadas; celebró la pascua con sus apóstoles, etc.

En el Sermón de la Montaña su predicación más importante, llegó a decir: «No crean que yo vine a suprimir

la Ley y los Profetas. No vine a suprimirla, sino a darle su forma definitiva» (Mt 5, 17). Y san Pablo nos explica el proyecto del Padre en la encarnación de su Hijo: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su Hijo, el cual nació de mujer, y fue sometido a la Ley, con el fin de rescatar a los que estaban sometidos a la Ley, para que así llegáramos a ser hijos adoptivos de Dios» (Gál 4, 4). Y, sin embargo, llegado el momento de cumplir la misión que el Padre le había encargado, también modificó, con propia autoridad, algunos aspectos y prácticas de la Ley de su pueblo. Naturalmente con ello molestó a los escribas y fariseos, los cuales eran en esa época los intérpretes oficiales de la Ley de Moisés.

Un último detalle muy importante: el Evangelista Lucas nos dice que, después del episodio del Templo, cuando Jesús tenía 12 años, se regresó con sus padres a Nazaret, donde vivió con ellos el resto de su infancia y juventud (ver Lc 2, 51). Tal vez en este tiempo murió José, pues al inicio de su vida pública, cuando Jesús tenía alrededor de 30 años (Lc 3, 23), salió de Nazaret para comenzar su misión apostólica. Pero el Evangelio nada vuelve a mencionar sobre su padre adoptivo. Esto lo sabemos porque varias veces, durante su vida pública, fue a Nazaret, que todos consideraban su tierra (ver Mc 6,1; Mt 13,53), y donde Él mismo había trabajado como carpintero (ver Mc 6,3-4). Lucas dice expresamente: «Llegó a Nazaret, donde se había criado» (Lc 4, 16).

Nada más sabemos sobre su niñez y juventud. Cierto que la curiosidad de mucha gente se ha preguntado qué habría hecho Jesús durante todos esos años; y la imaginación de algunos ha inventado respuestas ilusorias y exóticas, elaboradas con rasgos pseudo-científicos o al menos muy llamativos, como para dar la ilusión de ofrecer respuestas satisfactorias, cuando en realidad son productos de su imaginación fantástica.

Recordamos dos ejemplos de estos cuentos fantásticos: algunos evangelios apócrifos, escritos dos o tres siglos después de los sucesos, en forma novelesca, han pintado a un niño Jesús que se divertía en Nazaret haciendo milagros; o que utilizaba sus poderes divinos para vengarse (incluso cruelmente), de aquellos que no satisfacían sus caprichos. La verdad es mucho más humilde y sencilla, según el Evangelio: «Bajó con ellos (con José y María) y vino a Nazaret, su pueblo, y vivía sujeto a ellos» (Lc 2,51). Es que no vino a hacer cosas raras o que brillaran a los ojos de los hombres, sino a salvarnos por la obediencia a la voluntad de su Padre.

